
Para sí/para mí*

Alessandra Bocchetti

La mujer no es un sujeto mejor que otros, mejor dicho, que otro. Viene de una historia de demasiada miseria simbólica y material como para jactarse de riquezas y maravillas. La mujer no puede darse, por tanto, como un sujeto que salvará el mundo. No podrá modificar la historia en nombre de ideales. Si es honesta, no le está permitida esta arrogancia. Ni le está permitida la generosidad. Su lucha está estrechamente ligada a su vida. Luchará por su vida y por todo lo que significa vivir para ella. Luchará "para sí". Ciertamente, el mundo cambiará por ello.

La miseria simbólica es la más terrible de las miserias. Es el cuerpo el que la expresa, no tu casa, tus vestidos, ni el dinero que tienes en tu bolsillo. La miseria simbólica es la más radical.

No basta querer más para resolver esta miseria. Se trata de querer aquello que no existe, se trata de querer un patrón de medida mujer para estar en el mundo. Y primero saber imaginar dicha existencia. Y primero, también, comprender los síntomas de esta ausencia.

No estaré libre de esta miseria mientras exista una mujer de la que se burlen debido a su cuerpo de mujer. Este es el vínculo feroz que las mujeres tienen entre sí. Un acto generoso entre mujeres es siempre un acto egoísta, está siempre en la economía del "para sí".

Desconfío de la economía amorosa de nuestras relaciones. ¿Por qué debo amar a las mujeres? Las mujeres frecuentemente no son en absoluto amables. Yo tengo con las mujeres un vínculo de necesidad. El amor dejémoslo para las maravillas de posibles epifanías.

No hay nadie a quién recurrir para construir un patrón de medida mujer, solamente a nosotras mismas y a nuestras semejantes en el cuer-

* Artículo publicado en: *Sottosopra*, junio de 1987.

po. No hay hombre, por más generoso que sea, que pueda ayudarnos. No existirá jamás un verdadero beneficio en las concesiones del otro, por altruistas que puedan ser.

Obtener algo no basta. Es necesario obtener y, al mismo tiempo, darle un significado.

Nada de lo que se consiga podrá transformarse en verdadera riqueza si no ha sido producido/enfocado desde las relaciones entre mujeres.

Nosotras las mujeres frecuentemente pensamos que siempre hemos concedido demasiado, pero no es así. Concede el que sabe tener, conceder es siempre una acción de reyes. Nosotras hemos dado sin pedir nada a cambio, como hacen los que no saben bien qué cosa tienen para dar. O como quien renuncia. Debemos aprender a conceder, pero para aprender a conceder, el camino es largo.

Un cuerpo de mujer no garantiza un pensamiento de mujer. De esto tenemos tantos ejemplos. Y también muchas mujeres juntas pueden no garantizar pensamientos de mujer. Las mujeres pueden desaparecer en la más perfecta visibilidad. Lo sabemos bien. Un pensamiento de mujer puede nacer solamente de la conciencia de la necesidad de las otras mujeres. Este pensamiento es producto de relaciones. Si se alcanza a comprender esto, todo el resto es estrategia, también la pertenencia a un partido político. El pensamiento de la diferencia no admite dos fidelidades.

Hay un partido que pide los votos de las mujeres. En verdad, son las mujeres de un partido las que piden los votos de las mujeres. El partido deja hacer, tiene todo por ganar y nada que perder. También las mujeres tienen todo por ganar y nada que perder. Situación ideal para realizar cada uno sus propios intereses. Un pacto en el que cada uno no olvide su parte. Un pacto de una distancia entre las partes, la que continuamente se siente y se representa. Sin esta distancia se corre el riesgo de caer en el reconocimiento que nace en forma espontánea en las mujeres al enfrentarse a espacios concedidos. Reconocimiento, antiguo sentimiento femenino que induce a perder los territorios propios y puede llevar al servilismo. Es necesario recordar que cada uno actúa por sus propios intereses y pensar que también en esto es posible una lealtad recíproca.

Muchas veces oigo decir a las mujeres de un partido que su partido es masculino. Es erróneo decir eso. El partido no es masculino.

El partido es, simplemente, un lugar en el que las mujeres son débiles, tienen menos poder que los hombres, menos voces en el parlamento.

Para llegar a modificar una situación es más útil considerarse perdedor que inexistente. Sentirse inexistente alimenta la pereza, la claudicación. Provee coartadas. Si soy perdedora podré ser vencedora, todo dependerá de la estrategia que seré capaz de encontrar. Y si no sirve, encontraré otra. Pero también un partido que se convierte en más femenino, si las mujeres no piensan con su propia cabeza y pierden de vista el “para sí”, puede ser un lugar en el que las mujeres siguen en posición de debilidad. Si luego, en este partido, las mujeres comienzan a cantar victoria allí adonde no ha habido contienda, entonces el beneficio para todos será muy poco.

Quien no se libera de su propia historia la puede, sin embargo, comprender. Comprender yendo a la búsqueda de las respuestas que hoy nos son necesarias. Las mujeres han estado restringidas a ser “para los otros” porque no tenían otro modo de dar significado a su existencia. No podían imaginar el ser para sí. Hoy comenzamos a poder hacerlo, y comenzamos a conocer el secreto de la escandalosa generosidad de nuestras madres. El “ser para sí” vale también para las mujeres: no estoy de acuerdo con las mujeres que piensan en “ser para las otras”. Simpatizo con la mujer que actúa en la economía del “para sí”. La miro, ella hace que yo la mire, solamente así puedo reconocerla y tener algo “para mí”.

Lo que tengo en común con las otras mujeres: si entro en un cuarto, antes de comunicar si soy linda o fea, culta o ignorante, pobre o rica, comunista o democristiana, comunicaré el hecho de ser una mujer. Quien me mira se ajustará inmediatamente de acuerdo con esto. Según usos, costumbres e historia. Es esta experiencia de ajuste de los otros lo que tengo en común con las demás mujeres. Y basta. Experiencia dramática y desesperante y, desgraciadamente, formativa. Si decido modificar este teatro, debo reconocer que este teatro es precedente a todos los otros.

¿Cuáles son los intereses de las mujeres? Son tantos, son tan distintos, muchas veces no son en absoluto exaltantes. Por esto, creo, hay quien dice: no se debe trabajar sobre los intereses de las mujeres, se debe trabajar sobre las necesidades de las mujeres. Tal vez parece más noble. Yo pienso que una mujer necesitada tendría mucha menos fuerza que una mujer interesada. Porque existe además, para nosotras mujeres, una necesidad tan radical de ser que cualquier otra necesidad remite a esto y nos confunde y nos ahoga. La necesidad común es la de encontrar un patrón de medida mujer para estar en el mundo. La estrategia para salir de esta necesidad pasa a través de los intereses que sabremos afirmar.

Muchas mujeres pueden representar intereses diversos y hasta contrastantes. Esto no me asusta, esto no me paraliza. Me paraliza, en cambio, cuando una mujer me pone de frente a una necesidad suya. A su vacío opone el mío. Pero dado que el suyo como el mío surgen de una radicalidad tan profunda, no puede existir una discusión real. De allí el silencio que con demasiada frecuencia se imponen las mujeres.

Moverse en la superficie es una estrategia ligera. Nosotras, sujetos con una historia tan agobiante, necesitamos esto también. Los intereses se mezclarán en el mundo. Interés = ser entre.

¿Cómo es posible que se pueda hablar en nombre de todas las mujeres? Las mujeres son muchas, sobre todo son distintas entre sí, no son una categoría ni una clase. No es posible la delegación. No es posible la representación. ¿Qué cosa debemos pedir, entonces? El volvernos reconocibles las unas respecto a las otras donde quiera que nos podamos encontrar, en cualquier ocasión que sea posible. No doy poder, pero espero que la mujer que se encuentra en situación de elegir, en una situación decisiva y significativa, en un lugar en el que la diferencia sexual no habla, se norme según su propia experiencia. Esto es, interroga a fondo su vida y decida. Parece una banalidad, una modesta pretensión, sin embargo es una gran pretensión porque lo que espero es una cosa difícilísima para nosotras las mujeres. Y es ya un resultado. Tomar de la propia vida la medida para decidir es un acto de grandeza. La mujer que no se permite hacer esto tendrá la impresión de que puede decir cosas superficiales, pequeñas y ridículas y callará. O callará hablando, asumiendo, para engrandecerse, el desinterés masculino por ciertas cosas, adoptando la experiencia y la medida de los hombres, olvidándose de sí misma.

Así, esta mujer no encontrará mi reconocimiento y ningún intercambio entre nosotras será posible.

No doy poder, no puedo darlo, pero autorizo, doy autoridad (y esto sí puedo hacerlo) a otras mujeres para tomar de sus propias vidas su propia medida. A partir de esto la reconoceré entre todos y sólo en esto estará el secreto del para sí/para mí.

Cuando aprendamos a no temer el ridículo a los ojos de los hombres y a temer el ridículo a los ojos de las mujeres nuestro patrón de medida para estar en el mundo habrá sido finalmente reencontrado.

También doy crédito a las mujeres con la esperanza de que sientan este crédito mío como una deuda.

La deuda no significa una mejoría en la relación entre representantes, sino la construcción de un vínculo. Crédito y deuda significan necesidad recíproca, significan relación, una relación tan violenta que no tiene contenidos y supera las reglas de la representación. Para respetar esta deuda, una mujer deberá entrar en escena, no representarme sino representarse a sí misma. No ser delegada sino protagonista. Creo y espero. Pero mi espera no se encuentra en el orden del discurso amoroso. Espero/pretendo que la diferencia se convierta en estilos.

Traducción: **Dora Cardaci**